

“Qué bueno es verte aquí”. Televisión y vida cotidiana en dictadura. Chile, 1973-1990.

Duran, Sergio.

Cita:

Duran, Sergio (2017). *“Qué bueno es verte aquí”. Televisión y vida cotidiana en dictadura. Chile, 1973-1990. XVI Jornadas Interescuelas/Departamentos de Historia. Departamento de Historia. Facultad Humanidades. Universidad Nacional de Mar del Plata, Mar del Plata.*

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/000-019/322>

**Mesa 61: “Vida cotidiana y dictadura en perspectiva comparada. Los casos de
Argentina y Chile”**

**“Qué bueno es verte aquí”. Televisión y vida cotidiana en dictadura. Chile, 1973-
1990”**

Sergio Durán Escobar

Doctor (c) en Historia, Pontificia Universidad Católica de Chile

PARA PUBLICAR EN ACTAS

Introducción

Qué bueno es verte aquí y compartir
Concursos, ritmo y buen humor
Porque el sábado tuvo su traje de fiesta
Y se hizo gigante en el show
En siete días más verás que aquí
Disfrutarás y te reirás
Con regalos y risas
Emoción y sorpresas ¹

En el primer capítulo de la serie *Los 80*, que recrea la dictadura de Pinochet desde la perspectiva de una familia de clase media de Santiago de Chile, Juan Herrera, el padre de la

¹ Tema central de *Sábados Gigantes* (Canal 13), usado de 1985 en adelante.

familia protagónica, decide comprar a su esposa Ana un televisor a color como regalo de aniversario. Pese a que el alto precio del aparato (más de 500 dólares de la época, aproximadamente) le hace dudar, Juan finalmente se decide, en parte por la presión de colegas y amigos, en parte por el anuncio de un inminente ascenso en el trabajo (una fábrica textil) y la consiguiente mejora en sus remuneraciones. Eso sin mencionar el próximo debut de Chile en el Mundial de Fútbol, evento que siempre sirve de excusa para cambiar la vieja tele por una mejor².

Corría junio de 1982 y el mercado ofrecía toda clase de bienes importados y facilidades para adquirirlos, en el marco de la política económica neoliberal. En el discurso oficial, esta clase de bienes, particularmente el televisor, eran ejemplos de un progreso y bienestar desconocidos hasta entonces. Si en la década del 30 el Frente Popular prometía a los chilenos “pan, techo y abrigo”, en 1979, en cambio, el general Pinochet vaticinaba que “Cada chileno en el año 1984 tendrá auto y televisión”. Al año siguiente, el mandatario precisó que “De cada siete chilenos, uno tendrá automóvil; de cada cinco, uno tendrá televisor, y de cada siete, uno dispondrá de teléfono”, mientras que en 1983, el entonces ministro Secretario General de Gobierno, Alfonso Márquez de la Plata, destacó que “Nunca antes tuvo el pueblo acceso a las cosas que ha tenido. En cada casa hay un televisor”³.

Volviendo al capítulo en cuestión, el tema del momento era el Mundial de Fútbol de España 82, omnipresente en la conversación cotidiana, la publicidad y los medios masivos. Ya en la primera escena, los Herrera ven en su televisor al general Pinochet despidiendo y deseando suerte a los jugadores que representarían a Chile en el certamen. El Mundial, como el entretenimiento televisivo en general, servía al Gobierno para desviar la atención de los temas potencialmente conflictivos o, al menos, atenuar su impacto. Precisamente, fue en vísperas del debut de Chile en el certamen que el entonces ministro de Economía, general Luis Danús, anunció en cadena nacional de radio y TV la devaluación del peso, dando paso a la mayor crisis económica que enfrentaba el país en los últimos cincuenta años.

² *Los 80: más que una moda. Primera temporada*, Capítulo 1: “Un penal a color”, Boris Quercia, dir. (Santiago: Wood Producciones, 2009), DVD.

³ Citado en: C.R.O. Magnón, *Humanos y humanoides* (Santiago: Editorial Aconcagua, 1988), 63-65.

Aunque ficticia, la familia Herrera representa cabalmente las experiencias y memorias de un amplio sector de la población, cuestión que para muchos resultó clave para el éxito de la serie. Ésta ofrece, por lo tanto, un buen ejemplo de la relación entre televisión y vida cotidiana durante la dictadura de Pinochet. Esta relación, como trataré de argumentar, no se agota en el evidente uso propagandístico que la dictadura hizo de la televisión. Parto de una triple premisa: que la televisión, en sus múltiples significaciones (material, temporal, espacial, simbólica, emocional, política, etc.), se halla totalmente incorporada en la vida cotidiana contemporánea⁴; segundo, que es preciso entenderla como una “tecnología y forma cultural”⁵ históricamente situada, y que por lo tanto sus atributos no le son intrínsecos ni son inmutables; y tercero, que pese a las eventuales asimetrías comunicativas (evidentes en este caso), la televisión siempre es más o algo distinto que lo que el emisor quiere hacer de ella, dado el rol activo que tienen las audiencias.

He dividido esta ponencia en dos partes. En la primera, haré una caracterización general de la televisión chilena entre 1973 y 1990. Luego, intentaré aportar algunas luces sobre la relación entre televisión y vida cotidiana en la dictadura, basándome tanto en los discursos y representaciones contemporáneas sobre el medio, como en mi propia investigación.

La TV chilena bajo el régimen de Pinochet

Como varios autores se han encargado de señalar, el impacto del golpe de Estado de 1973 no se limitó a las estructuras sociales y económicas, sino que se extendió a prácticamente todo ámbito de la vida social, incluyendo, por cierto, los medios de comunicación⁶. La actitud de los militares frente a los medios quedó de manifiesto desde el primer momento: el Bando N° 12 de la Junta Militar, emitido el mismo 11 de septiembre de

⁴ Roger Silverstone, *Televisión y vida cotidiana* (Buenos Aires: Amorrortu, 1996).

⁵ Raymond Williams, *Televisión: tecnología y forma cultural* (Buenos Aires: Paidós, 2011).

⁶ Véase, entre otros: Tomás Moulian, *Chile actual: anatomía de un mito* (Santiago: LOM-Arcis, 1997); Sofía Correa, Consuelo Figueroa, Alfredo Jocelyn-Holt, Claudio Rolle y Manuel Vicuña, *Historia del siglo XX chileno* (Santiago: Sudamericana, 2001). Jorge Rojas y Gonzalo Rojas, “Auditores, lectores, televidentes y espectadores. Chile mediatizado. 1973-1990”, *Historia de la vida privada en Chile. Tomo 3: El Chile contemporáneo: de 1925 a nuestros días*, Rafael Sagredo y Cristián Gazmuri, dir. (Santiago: Taurus, 2007).

1973, advertía a la prensa, radio y canales de televisión que “cualquiera información dada al público y no confirmada por la Junta de Gobierno Militar, determinará la inmediata intervención de la respectiva Empresa por las Fuerzas Armadas, sin perjuicio de la responsabilidad penal que la Junta determine en su oportunidad”⁷. Quienes encendieron su televisor ese martes 11 pudieron ver, hacia el final de la jornada, a las nuevas autoridades presentándose ante el país y prometiendo “extirpar el cáncer marxista”, una clara señal del tono de la vida en los años venideros.

Estas primeras acciones fueron perfilando una política comunicacional que combinaba dos directrices aparentemente -y sólo aparentemente- contradictorias: una liberal, con el mercado como principio ordenador, y otra autoritaria, basada en la doctrina de seguridad nacional⁸. Mediante una serie de decretos-leyes, la Junta se hizo con el control de los canales de televisión universitarios a través de los rectores-delegados (en principio, todos militares activos o en retiro), a los que dotó de amplias atribuciones. Televisión Nacional, en tanto, pasó de ser una empresa autónoma del Estado a una dependencia de la Secretaría General de Gobierno; su directorio fue disuelto y se concentró todo el poder en el director ejecutivo designado por el Gobierno. En 1975, en conformidad con la nueva política económica, el régimen suspendió el aporte fiscal a los canales, lo que los obligó a competir por el mercado publicitario para autofinanciarse. Llamativamente, y pese a lo anterior, la televisión chilena se mantuvo durante todo el periodo exclusivamente en manos del Estado y las universidades. Hubo que esperar al retorno a la democracia, en los años noventa, para que debutara en Chile la televisión privada comercial.

A diferencia de la prensa escrita y de la radio, que gradualmente fueron dando espacio a las voces opositoras, la televisión tuvo el triste honor de ser absolutamente oficialista desde el primer día hasta el final de la dictadura. En materia de información política, cabe destacar, por ejemplo, lo que un estudio llamó “receso político televisivo” y “satanización de lo político”, esto es: la desaparición casi total de los hechos y actores políticos de la pantalla y su asociación casi excluyente con la anti-patria, la violencia y el terrorismo. Por contraste, la

⁷ “Bandos de la Junta Militar de septiembre de 1973”, Sofía Correa, Consuelo Figueroa, Alfredo Jocelyn-Holt, Claudio Rolle y Manuel Vicuña, *Documentos del siglo XX chileno* (Santiago: Sudamericana, 2001), 384.

⁸ Giselle Munizaga, “Políticas de comunicación social del régimen autoritario chileno”, *Revista Chilena de Derechos Humanos* 2 (1985).

televisión hacía eco de la autoimagen de los militares como baluartes de la soberanía nacional, a la vez que presentaba “la obra de gobierno” como “salvadora”, “reconstructora” y “fundacional” (además de “apolítica”, por cierto)⁹. Fue sólo en vísperas del Plebiscito de 1988, que decidiría la continuidad o no de Pinochet en el poder por ocho años más, que los opositores al régimen pudieron aparecer en pantalla y hablar por sí mismos. Lo anterior explica la expectación y el impacto causados por la franja de propaganda electoral, como bien retrata la película *No* de Pablo Larraín (2012)¹⁰.

Como una excepción al llamado “apagón cultural”, la industria televisiva chilena experimentó la dictadura como un periodo de notable expansión. En lo que respecta a la cobertura de las transmisiones, el canal del Estado, Televisión Nacional, logró a fines de los setenta cubrir prácticamente todo el territorio nacional (aproximadamente 4.300 kilómetros de norte a sur), mientras que las redes de televisión universitaria, limitadas en principio a sus ciudades de origen, se extendieron a las zonas urbanas más densamente pobladas. Hubo también mejoras importantes en las comunicaciones vía satélite; se iniciaron, en 1978, las transmisiones a color y, hacia el final del periodo, entró en operaciones la televisión de pago, disponible en sus inicios en apenas unas cuadras del barrio alto de Santiago¹¹.

Igualmente significativo fue el incremento del parque de televisores. En 1965, existían en Chile sólo 0,6 televisores por cada 100 habitantes, mientras que la cifra para el conjunto de América Latina era de 3,2. Diez años más tarde, la región alcanzaba los 8,3 televisores por cada 100 habitantes, pero ya en 1974 Chile contaba con 12,1 aparatos para igual proporción. A diez años del Golpe, cerca de un 70 por ciento de los hogares chilenos estaba equipado con al menos un televisor; el número total de receptores se estimaba en 3,5 millones y aproximadamente un 30 por ciento de ellos era a color¹².

Aparte el “receso político televisivo”, la oferta televisiva en dictadura se caracterizó, a grandes rasgos, por el amplio predominio de los programas de entretenimiento y por un alta

⁹ Diego Portales Cifuentes, “Los retorcidos caminos de la información política”, *La política en pantalla* (Santiago: ILET/ CESOC, 1989).

¹⁰ *No*, Pablo Larraín, dir. (Santiago: Fábula, 2012). DVD.

¹¹ Valerio Fuenzalida, *Estudios sobre la televisión chilena* (Santiago: Corporación de Promoción Universitaria, 1984), 27-33.

¹² Fuenzalida, *Estudios*, 32-33.

proporción de programas importados, sobre todo películas y series de ficción. Para 1976, por ejemplo, los programas foráneos representaban más del 80% de la oferta programática, mientras que la producción local correspondía mayormente a shows, misceláneos y concursos¹³. En 1980, estos últimos llegaron a representar cerca de un tercio de la programación total y casi la mitad de la televisión hecha en Chile¹⁴. La confluencia entre liberalismo económico y autoritarismo político a la que aludí anteriormente queda aquí de manifiesto, por cuanto los programas de entretenimiento eran a la vez la principal carta de los canales en su lucha por el *rating* y, para el Gobierno, eficaces instrumentos de evasión. Sin ir más lejos, en más de una oportunidad los miembros de la Junta asistieron como público a alguno de los shows del canal estatal, lo que puede interpretarse como una muestra de aprobación a esta forma de hacer televisión¹⁵.

Finalmente, a la significación de la TV como símbolo de estatus hay que sumar su poder para inducir el consumo a través de la publicidad. Las restricciones que limitaban el avisaje comercial por televisión, como la prohibición de interrumpir los programas, dejaron de aplicarse, con lo que la inversión publicitaria en el medio creció exponencialmente. Más aún, al promover entre la población los hábitos, prácticas, valores e instituciones asociadas al nuevo modelo económico (por ejemplo, la compra a crédito y las Administradoras de Fondos de Pensiones), la televisión contribuyó decisivamente a posicionar al mercado como regulador de la vida social.

Uno de los avisos más recordados de esos años, por ejemplo, es el que promociona un crédito automotriz del Banco de Santiago. Perico (interpretado por Nissim Sharim), un hombre de mediana edad, vestido de traje y con un ramo de flores en una de sus manos, se desplaza en bicicleta por las calles de la capital rumbo a la casa de su novia, Ismenia (la actriz Delfina Guzmán). En su trayecto, un taxista, unos obreros de la construcción y un grupo de escolares le gritan burlescamente “Cómprate un auto, Perico”, instándole a adquirir un medio de transporte más adecuado a su edad y condición. Cuando Perico llega a casa de Ismenia y le entrega las flores, la mujer, al ver la bicicleta, reconviene a su pretendiente diciéndole, de

¹³ Rafael Otano y Juan Andrés Piña, “Interrogantes sobre la televisión chilena”, *Mensaje* 253 (octubre de 1976).

¹⁴ Claudia Donoso y Ascanio Cavallo, “¿Se lo ha ganado!”, *Hoy*, 174 (19 al 25 de noviembre de 1980), 55-59.

¹⁵ “Festival de Viña con Pinochet”, video de Youtube, 2:02, publicado por “Hueñe’s News”, 25 de agosto de 2007, <https://www.youtube.com/watch?v=zRROgi7IbG0> (consultado el 5 de mayo de 2017).

nuevo, “Cómprate un auto, Perico”. El comercial y su frase característica se popularizaron rápidamente (de hecho, en el primer capítulo de *Los 80*, Félix, el hijo menor de los Herrera, la usa para burlarse de un vecino), transformándose con el tiempo en símbolos del Chile emergente y del deseo de ascender socialmente mediante el consumo¹⁶.

Televisión y vida cotidiana

Una manera de recrear la relación entre televisión y vida cotidiana en la dictadura chilena es acudir a los discursos y representaciones contemporáneas sobre la TV. En la obra teatral de 1980 *Cuestión de ubicación*, del dramaturgo chileno Juan Radrigán, una familia extremadamente pobre posterga sus necesidades más básicas con tal de comprar, crédito mediante, un televisor a color. La “cuestión” a la que alude el título corresponde a la discusión que protagonizan los personajes sobre dónde ubicar el televisor, evidentemente desproporcionado en relación a la vivienda, pobremente amoblada y con piso de tierra. Mientras la discusión se extiende, con abundantes referencias a marcas y bienes de consumo, la salud de una de las hijas se deteriora a causa de la desnutrición, pero nadie repara en ella: su atención médica debe esperar al pago de la TV. La obra, pues, representa tragicómicamente la fascinación de la época por los artículos importados, la apropiación popular del discurso publicitario y el valor que el televisor revestía como símbolo de estatus¹⁷.

Las impresiones de Radrigán son corroboradas por un estudio de 1983 titulado *La tele-visión del mundo popular*, a cargo del investigador Augusto Góngora. Ésta recoge los resultados de un trabajo en terreno sobre la recepción televisiva en barrios populares de Santiago. Refiriéndose a la relación que sus entrevistados mantenían con el medio, el autor comparó la TV con un “pequeño altar”:

¹⁶ Guioteca.com, “¡Cómprate un auto, Perico!!’ El comercial chileno más icónico de los 80”, <https://www.guioteca.com/los-80/%E2%80%9C%C2%A1%C2%A1comprate-un-auto-perico%E2%80%9D-el-comercial-chileno-mas-icnico-de-los-80/> (consultado el 8 de mayo de 2017).

¹⁷ Juan Radrigán, “Cuestión de ubicación”, *Teatro de Juan Radrigán (11 obras)* (Santiago: CENECA, 1984).

“Durante el desarrollo de nuestras entrevistas pudimos conocer viviendas marginales que difícilmente se mantenían en pie, con un amoblado casi inexistente, que poseían a veces hasta dos aparatos de TV, alguno de ellos a color. Los modernos artefactos contrastaban con el hábitat que los rodeaba. Es el único artefacto que se ve limpio, derecho. Parece recibir solícitos cuidados para evitar su deterioro. Se ubica en el lugar central de la casa y la vida cotidiana gira en torno a él. [...] En su interior está el mundo colorido y brillante. Fuera de él todo es oscuro, sucio, feo, desvencijado”¹⁸.

Otro aspecto que llamó la atención de los estudiosos fue la gran cantidad de horas que los chilenos estaban dedicando a la televisión. En el estudio de Góngora, varios de los entrevistados declararon ver “pocas” horas de televisión al día, queriendo decir entre dos y cuatro, mientras que otro grupo, mayoritario, dijo dedicar hasta siete horas a esta actividad¹⁹. La preocupación de los especialistas se centraba especialmente en los niños, a quienes se caracterizaba como receptores “pasivos”, incapaces de discriminar los mensajes televisivos y, por lo tanto, más susceptibles a su influencia. Según el siquiatra Hernán Montenegro, ya a la edad de cuatro años los niños veían diariamente en promedio entre 2,5 y cuatro horas de televisión, en desmedro de otras actividades consideradas más importantes para su desarrollo. El título de su estudio, publicado en 1980, ahorra comentarios: *TV: ¿comunicación o contaminación?*²⁰

Seguramente, quienes eran niños entonces –y aquí me incluyo- no compartirán estas impresiones apocalípticas. Y es que si en sus inicios la televisión fue una tecnología extraña que hubo que domesticar (“hacerle lugar”, diría Lynn Spigel²¹), para mí generación, en cambio, ella parece siempre haber “estado ahí”. Como señalan Jorge y Gonzalo Rojas, de los setenta en adelante, “ver tele”, y en concreto ver los programas infantiles, fue el equivalente a lo que en el pasado fueron los juegos callejeros, las historietas y las funciones matinales de cine, es decir, la experiencia más generalizada entre las niñas y niños chilenos, independiente de su situación socioeconómica, geográfica y cultural²². Por decirlo en una frase, los “hijos de la dictadura” son también “hijos de la televisión”; a diferencia de sus predecesores (y,

¹⁸ Augusto Góngora, *La tele-visión del mundo popular* (Santiago: ILET, 1983), 48.

¹⁹ Góngora, *La tele-visión*, 49.

²⁰ Hernán Montenegro, *TV: ¿comunicación o contaminación?* (Santiago: Galdoc, 1980).

²¹ Lynn Spigel, *Hacele lugar a la tele*, Paola Margulis, trad. (Chicago: University of Chicago Press, 1992).

²² Rojas, “Auditores”, 404-405.

también, de la mayoría de los estudiosos), ellos generalmente no ven en la televisión un mal objeto y la reconocen como un componente importante de su memoria e identidad, tendiendo, frecuentemente, a idealizarla. De hecho, la televisión es en alto grado responsable del “mito de los setenta y los ochenta” como una época en que las cosas eran más simples y la gente más sana e inocente²³.

Partiendo de lo dicho hasta acá, parece plausible establecer una relación más o menos directa entre el protagonismo de la televisión en la vida cotidiana y el contexto histórico entonces imperante. El forzado repliegue al ámbito privado, cuya expresión más literal fue el toque de queda; la clausura de otros medios de comunicación, particularmente la prensa y radios de izquierda, y el costo relativamente bajo de la televisión en relación a otras alternativas, no sólo hicieron de este medio la principal fuente de información, cultura y entretenimiento para la mayoría de los chilenos, sino que lo otorgan una centralidad y un peso en la vida cotidiana probablemente mayor al que tuvo en cualquier otro momento de la historia. Hay que recordar, además, que dispositivos como las videograbadoras, computadores personales y consolas de videojuegos estuvieron sólo al alcance de una minoría durante la mayor parte del periodo, mientras que medios como la Internet eran todavía un sueño lejano.

En estas condiciones, la televisión ofrecía a los militares en el poder y sus asesores civiles un poderoso instrumento de dominación que ciertamente no desaprovecharon. Mientras que en el plano informativo se manipulaba la realidad por distintos expedientes, los programas de entretenimiento hacían otro tanto distrayendo a la población e invitándola a reír “cuando todos estén tristes”, como decía el tema musical de un programa humorístico muy popular por esos años. La televisión, como expliqué anteriormente, fue el medio oficialista por antonomasia, y no es raro que se la asocie casi automáticamente a la dictadura de Pinochet, como hace el escritor Alejandro Zambra (1975) en su novela autobiográfica *Formas de volver a casa*. El autor, entonces un niño, recuerda al general como “un personaje

²³ François Jost, “El culto de la televisión como vector de identidad”, *Comunicación y Medios* 13 (segundo semestre de 2002).

de televisión que conducía un programa sin horario fijo, y lo odiaba por eso, por las aburridas cadenas nacionales que interrumpían la programación en las mejores partes”²⁴.

Sin embargo, ésta es solo parte de la historia. A inicios de los ochenta, comenzó a desarrollarse una línea de estudios que ponían el foco no tanto en los aspectos semióticos e ideológicos, como se venía haciendo, sino que en la recepción, entendida como proceso interactivo en que se construyen los significados y en que las audiencias participan activamente. Estas investigaciones demostraron que distintos grupos sociales se relacionaban con la televisión e interpretaban sus mensajes de maneras distintas, y que éstas no necesariamente coincidían con las intenciones del emisor, por poderoso que fuese.

Por ejemplo, algunos programas, como los concursos, eran valorados por razones que iban mucho más allá de su propósito básico de entretener. Los entrevistados por Góngora consideraban mayoritariamente que estos espacios eran “necesarios” y “una de las cosas buenas de la TV” por ser “entretendidos”, pero también “por los premios”, “porque la gente participa” o “porque se beneficia a la gente pobre y eso es bonito”. El “beneficio” pasaba por la posibilidad cierta de hacerse con bienes inaccesibles de otro modo y que podían significar un cambio mayúsculo en la calidad de vida de las personas, como refrigeradores (heladeras), automóviles o casas²⁵.

Algo similar ocurría con los shows de variedades. A diferencia de los estelares musicales, transmitidos en directo desde algún local elegante, estos programas admitían a personas de toda clase y condición, ya sea como público, sentados en gradas e incorporados a la escenografía, o como concursantes; exhibían reportajes que mostraban la realidad de los sectores más humildes, e incluían segmentos de “servicio público” en que los televidentes podían plantear sus problemas (nunca políticos) ante un panel de expertos. Cuando el país fue azotado por desastres naturales, como el temporal de 1984 o el terremoto de marzo de 1985, estos programas sirvieron de plataforma para desarrollar grandes campañas solidarias en favor de los damnificados. Así, sin perjuicio de su función distractiva, la televisión de entretenimiento ofrecía ciertos espacios de representación y participación ampliamente

²⁴ Alejandro Zambra, *Formas de volver a casa* (Barcelona: Anagrama, 2015), 20-21.

²⁵ Góngora, *La tele-visión*, 72-73.

valorados a falta de otros. Este era el caso de *Sábados Gigantes*, maratónico show de variedades que luego se transformaría en el más longevo de la televisión mundial, siempre bajo la conducción de Mario Kreutzberger, Don Francisco. Una seguidora del programa, de unos cincuenta años, llegó a decir de éste: “No hay otro programa en que nos tomen en cuenta a nosotros los obreros. Creo que Don Francisco puede solucionar todos los problemas. Él podría ser Presidente de la República. Se acabaría la cesantía. Yo creo que algún día nos vamos a dar cuenta de que es un santo”²⁶.

Durante la última dictadura, la relación entre televisión y vida cotidiana, como la televisión misma, fue ambivalente, diversa y contradictoria. Tanto por su propio proceso expansivo como por el repliegue de otros medios, la televisión se posicionó como la principal fuente de información, cultura y entretenimiento en los hogares chilenos. Como objeto doméstico y como soporte publicitario, ella contribuyó a construir una cultura de consumo a tono con el modelo económico neoliberal. Indudablemente, al estar bajo el control directo e indirecto del Gobierno, la TV sirvió como cortina de humo y como caja de resonancia del discurso oficial, pero también parece haber operado, al menos ocasionalmente, como un sucedáneo de esfera pública, compensando en algo las privaciones que la dictadura imponía al diario vivir. Por último, y dado su protagonismo en la vida cotidiana, la TV se consolidó como un referente cultural en que confluyen millones de personas y que participa en la construcción de su memoria e identidad, particularmente para quienes crecimos con ella.

²⁶ Juan Carlos Altamirano, *Así, así se mueve Don Francisco* (Santiago: ILET, 1987), 13.